

LA IMPRENTA,

PERIÓDICO TIPOGRÁFICO-LITERARIO

Y DE LAS ARTES É INDUSTRIAS AUXILIARES.



PRECIOS DE SUSCRICION.	ADMINISTRACION,	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS.
Madrid, 5 rs. al mes y 12 rs. trimestre.	Limon, 1.	Por una página entera..... 300 rs.
Provincias..... 14 —	—	Por media página..... 160
Extranjero..... 20 —	Sale todos los Domingos.	Por cuarto de página..... 90
Cada número suelto cuesta dos reales.		Los demas anuncios convencionalmente.

DE LA IMPRENTA EN ESPAÑA.

I.

NADA más arduo y delicado que nuestro propósito de evidenciar el deplorable estado de la Imprenta en España. Arduo, porque no llenaríamos esta misión cumplidamente si al exponer los hechos olvidáramos una sola de las particularidades ó incidencias que constituyen esa escala inmensa de elementos diversos que dan por resultado el homogéneo conjunto de la obra tipográfica, y cuyo primer peldaño es la ciencia del autor y la especulación del editor, siendo comprensivos los restantes de las artes, de la industria y del comercio. Delicado, porque no puede haber posición más ingrata y propensa á poderosas enemistades que la que hoy tomamos prometiendo examinar en su parte moral, material y económica las publicaciones españolas, por ser tan poco y tan raro lo que de ellas merece algun pequeño elogio, que casi desconfiamos de poder ensalzar nada, para ejercer otra misión más penosa y desconsoladora. Y esta enemistad ha de subir naturalmente de punto por la extrañeza, por el asombro más bien que causará sin duda la aparición de un periódico encaminado á la corrección de los abusos que á la sombra de la Imprenta se cometen por personas á ella ajenas, cuando hasta ahora han gozado libremente del fruto de sus desafueros; como si extraño fuera que en época en que todo se discute, analiza y se censura, y cuando los talentos más esclarecidos y las más legítimas reputaciones bambolean y se abaten á las veces bajo el peso de la crítica; cuando la ciencia y la literatura y el arte caen bajo su ineludible é inapelable jurisdicción; cuando todas las corporaciones y clases comprenden la importancia de un órgano en la prensa que defienda sus intereses y legitime sus derechos, para que por nadie sean menoscabados ni desconocidos; como si extraño fuera, decimos, que la Imprenta, vehículo del saber y generadora de toda civilización, tratase de remediar, por medio de un periódico adornado con su título, los males que deploramos, y que la afligen y subyugan hasta el punto de impedirle su desarrollo y progresos; y como si extraño fuera que,

al romper con las tradiciones de la apatía y de la inercia, que jamas prescriben ni prescribir pueden, procurásemos investigar el origen del mal, aún cuando sea preciso remontarnos á esas vagarosas é inexploradas regiones donde flotan como seres inviolables muchos que, habiendo podido ennoblecer y dignificar á la Imprenta, ensanchando el horizonte de la instrucción con publicaciones selectas, bien corregidas y estampadas, sólo han pensado en el mezquino lucro mercantil, en el raquítico medro personal.

Ahora se nos preguntará por los títulos que nos asisten para acometer tan arriesgada empresa. Los del practicante inexperto, contestaremos, que auxilia al enfermo, más con su caridad que con su ciencia, siguiendo los impulsos de su irresistible vocación, mientras llega el sabio doctor que ha de curarle. Y ¿dónde están los doctores de nuestra Imprenta? No faltan, es cierto; mas no se dignan ejercer la facultad, reservándose para sí solos su ciencia. Pues bien, con los títulos de nuestra vocación irresistible por la prosperidad y el fomento de la Imprenta en todas sus manifestaciones, y con los de un pensamiento ya viejo y engendrado por una polémica estéril, de fundar este periódico como baluarte y paladion del Arte tipográfico contra la intrusión ilegítima de mercaderes utilitarios, con estos títulos nos presentamos: esto si no se cree que significan algo nuestra conciencia y nuestro desamor al provecho, que siempre hemos pospuesto á nuestra honra, cual lo demuestra el no haber admitido á precio alguno trabajos de equívoca índole, que luego otros han creído oportuno disputárselos; y nuestra negativa rotunda, por el contrario, á aceptar otras tareas cuando se nos han presentado por personas que, olvidándose del decoro que el Arte de Guttenberg reclama, y atentas á la cantidad más que á la calidad, no han temido descender al terreno del más tacaño regateo. Alegaremos también, si nos es permitido, el haber hecho muy silenciosa y modestamente, cual á nuestra limitada suficiencia conviene, obras que no creemos sean buenas, estamos muy lejos de pensarlo, pero en las que hemos trabajado supliendo con celo asiduo lo que de capacidad nos falta, y encerrados siempre en el estrecho círculo de nuestra poca lisonjera industria tipográfica. Estas obras, sin embargo, han valido á su editor afortunado las Encomiendas de

Marzo 11.

Cárlos Tercero y de Isabel la Católica, la llave de gentilhomme y los honores de librero de Cámara, aparte de los muy pingües productos materiales y de un nombre que no tenía; mientras nosotros, contentos con nuestra oscuridad y poca ambicion, nada hemos pedido ni nada hemos querido, por lo mismo que nada creemos merecer, como no sea la gratitud de alguna que otra individualidad encumbrada con nuestros desvelos. Añádase á esto nuestro amor á los buenos libros y nuestro odio (nos avergonzaríamos de tener odio á otra cosa) á las muchas erratas y estupendos disparates que por desgracia y con dolor profundo vemos constituyendo nuestro sistema de imprimir y graduando ante los extranjeros el barómetro de nuestra cultura, y habrá de concedérsenos, á falta de otras dotes, las del mejor deseo siquiera.

Con estos títulos pues nos presentamos: no con los de la suficiencia, sino con los de la conciencia; no con los del talento, sino con los del desinterés; no buscando ruidosos aplausos, sino anhelando el esparcimiento de la instruccion pública para que no pasemos á los ojos de la envidiosa Europa como similares en el movimiento civilizador entre Turquía y Marruecos. Si esto logramos, habremos logrado mucho, y no tendremos motivos de descontento: si no, nos cabrá la satisfaccion de haberlo intentado con nuestras escasas fuerzas, que sin embargo llegarán á ser de consideracion con el poderoso refuerzo que esperamos de escritores insignes, conformes con la bondad de la idea, que se han dignado ofrecernos su apoyo.

Ahora bien: cuatro años há, en 1862, hacíase en la Imprenta Nacional una edicion del inmortal *Quijote*, para la cual tuvo á bien franquear las láminas de su magistral edicion de 1780 la Real Academia Española. Cuantos intervinieron en la confeccion de aquella obra, desde el primer regente del Establecimiento hasta el prensista, procuraron, segun su leal saber y entender, darle cima de la manera más cumplida. Trabajaba cada uno en su modestísima escala, sin más pretensiones que las de honrar con su celo y con su conciencia el tan preclaro nombre del esclarecido autor, gloria de España y asombro del mundo, cuando, en los momentos mismos en que los esfuerzos crecian y se veia el éxito en perspectiva, sorprendió á cuantos por la Imprenta se interesan la insercion de un artículo por el conocido y renombrado impresor-editor Don Manuel Rivadeneyra en el periódico *La España* de 17 de Abril del expresado año 1862.

Enumerábanse en ese artículo los muchos y gravísimos defectos que, en concepto del Sr. Rivadeneyra, tenía la obra en cuestion; apuntábanse algunas observaciones en su apoyo, y de ellas deducia el crítico consecuencias harto desfavorables á la estimacion y al crédito del primer Establecimiento tipográfico de la Nacion. Si la crítica es, no sólo conveniente, sino hasta necesaria muchas veces, injusto hubiera sido disputar al Sr. Rivadeneyra el derecho que le asistia para censurar una obra que, en su concepto, estaba plagada de innumerables errores. Á la crítica justa y razonada se contesta con la enmienda; y con argumentos irrefutables á la que sólo es superficial y caprichosa. Mas cuando se atacan sañudamente personalidades honradas y dignas, no para sustentar una idea, no para rendir el debito tributo á la imparcialidad de la crítica, sino para zaherir á determinados individuos y amenguarles en el concepto público, segun lo pretendió el Sr. Rivadeneyra en su enunciado escrito, entónces el agredido tiene el derecho de re-

volverse contra su ofensor, de cualquier modo y en todas las formas posibles. No se agrió, sin embargo, la polémica, pues que sólo una réplica artística y despojada de toda virulencia malsonante fué lo que obtuvo el Sr. Rivadeneyra. Y por si alguien dudase de los heroicos brios con que el célebre impresor descendió al terreno de la más candente personalidad, este párrafo ha de demostrarlo de la manera más completa:

«Vamos á ver ahora sobre quiénes deben recaer los defectos que llevo indicados. *Primero*, sobre el cajista, por haber admitido un cargo que tan mal habia de desempeñar. *Segundo*, sobre el regente, porque habiendo en la Imprenta Nacional cajistas, que conozco personalmente, capaces de desempeñar el trabajo como él merece, no supo hacer buena eleccion. *Tercero*, sobre el corrector, por cuyas manos debieron naturalmente pasar las pruebas, y que no ha sabido corregir las faltas tipográficas, ni acaso llamar hácia ellas la atencion de quien corresponde, habiéndose mostrado, ademas, descuidadillo en la ortografía. *Cuarto*, sobre el director del Establecimiento, por no saberse rodear de hombres capaces y que puedan sacarle airoso.»

Y en otro lugar:

«Esta última falta que señalo podria bastar por sí sola para hacer creer que, entre las personas que están á la cabeza de dicho Establecimiento, no hay ni una que sepa cómo se hace un libro.»

Poco ántes compadece á la Real Academia Española por haber prestado sus láminas para que la Imprenta Nacional se las *prostituyese*.

Como se ve, el Sr. Rivadeneyra, invirtiendo el órden, involucrando los hechos y dándose de calabazadas con la lógica, hace primer responsable al cajista, á un simple operario, de los defectos de una obra de la Imprenta Nacional, sin considerar que, donde hay jefes, á ellos toca la gloria y la responsabilidad de todos los actos; y para que ya todo siguiera por el mismo ilógico sendero, ese cajista sería quien, á falta de contestacion más autorizada, demostrase al Sr. Rivadeneyra los errores de su argumentacion crítica. Si lo consiguió ó nó, el público lo sabe; pues el severo Aristarco, despues de haber iniciado arrogantemente la polémica, no tuvo á bien replicar á su contendiente; contentándose con circular en los periódicos su proyecto de imprimir una *edicion-príncipe* del *Quijote* en Argamasilla de Alba, para que *el público fallase en el litigio*; como si éste hubiera tenido otro origen que la voluntad del Sr. Rivadeneyra, quien aquí ya aparece dándose aires de victima.

Esa obra imprimiósse con efecto; y, lo que es más, fué premiada con medalla de oro en la Exposicion última de Bayona; siendo quizas debida esa medalla á la galantería del editor de la obra que el Sr. Rivadeneyra deseaba hundir y sepultar; cuyo editor afortunado, sin duda agradecido al resultado de una causa que le permitió reimprimir los primeros pliegos para aumentar por dos veces la tirada primitiva, elevando considerablemente el número de ejemplares, y diciendo tal vez para sus adentros:

Las obras que censurais
gozan de buena salud,

interpuso su influencia con el cajista que le habia salvado la edicion del naufragio en que el silencio la hubiera hundido, máxime estando ese editor ausente, para que no publicase un opusculito crítico de la edicion argamasillesca; y que de haber visto la luz, y sin la circunstancia tambien de ser esa edicion la única presentada en el concurso, quizas (no hacemos más que ponerlo en duda) no hubiera obtenido distincion tan señalada.

Ahora se nos ha de permitir la insercion de los siguientes párrafos que el Sr. Rivadeneyra obtuvo por réplica de su censura, para que se comprenda en toda su extension el silencio del celebrado impresor:

«Ha terminado el Sr. Rivadeneyra el largo capítulo de sus cargos contra la nueva edicion del *Quijote*. Me parece haberle demostrado con argumentos sólidos é irrefutables la sinrazon de su crítica. Le he probado que muchos de los defectos que él señala en esta obra los hallo, si lo son, en sus libros: me falta citarle páginas y líneas, y eso lo haré tan pronto como el Sr. Rivadeneyra me compela á ello. Le he probado que otras cosas de que se ocupa son nimiedades, que, como basadas en el gusto particular de cada uno, y no formuladas en ningun *Manual* de Imprenta, ni en ninguna regla de arte, no pueden resolverse en pro del Sr. Rivadeneyra por su propia autoridad, pues que contra su gusto hay otros gustos. Y últimamente le he demostrado, hasta apostándole alguna cantidad para el Hospicio, que algunas lecciones que él se permite dar á la Imprenta Nacional son, por lo absurdas, inadmisibles. Ahora me permitirá el articulista que á mi vez le exponga mi criterio para calificar obras tipográficas, muy distinto seguramente del adoptado por el Sr. Rivadeneyra.

»En vez de pasar largas horas y escribir extensos artículos para decir que un punto está más cerca ó más lejos, que una letra es más alta ó más baja, que hay más ó menos blancos, yo digo:

»Esta anteporta es mezquina y vergonzante, pues parece que anuncia con timidez lo que viene tras de ella, debiendo ser más visible y hacer dos renglones en vez de uno solo: esta portada es de pésimo gusto en su conjunto, y en todos sus renglones se ven, no ya falseadas, sino completamente desconocidas las reglas del arte: mal repartimiento en los conceptos; letras de adorno que no deben usarse, por haber ya caducado, y la absoluta ausencia de la *copa* que debe formar toda portada bien hecha. Esta plana de capítulo estrecha y mezquina, cuando debiera campea con libertad y desahogo: aquí defectos marcados de ortografía; mal distribuida la puntuacion; muchas divisiones que pudieran haberse evitado, y algunas de ellas por dos letras, lo cual no puede admitirse de ninguna manera. Esta plana no registra con la anterior; las márgenes de este libro no están bien compartidas; la impresion confusa y desigual; poco esmero en el espaciado; poco cuidado en el ajuste, y mucho descuido en todo su conjunto.

»Este es, en mi humilde juicio, el modo de calificar una obra con las reglas del arte en la mano. Y ¿qué dirá el Sr. Rivadeneyra, y qué dirá el público cuando yo les diga que en este momento tengo á la vista obras hechas en su Establecimiento que adolecen de todos los defectos que he enunciado, y de muchos más que no analizaré por hoy, porque las dimensiones excesivas de esta réplica me impiden hacerlo, pero que manifestaré tan pronto como el articulista lo desee? Y cuidado, que mis argumentos se hallan basados en un cimiento sólido, no en arena movediza como los suyos; y por lo tanto no temo vengan á tierra con tanta facilidad como la que yo he tenido para destruir aquéllos.»

Esta réplica ya hemos dicho que no obtuvo contestacion; es decir, que aún está en pié.

Pues bien: pasadas las circunstancias que por pura deferencia á reiteradas instancias hicieron no viese la luz el opúsculo citado; siendo de necesidad absoluta demostrar las bellezas ó defectos de la edicion argamasillesca; penetrados de que las polémicas científicas y artísticas nunca envejecen, adquiriendo á muy poca costa el privilegio de actualidad, como que entre sus hechos de ayer y los de hoy no hay lesion de continuidad propiamente dicha, y que, lejos de ser nociva su resurreccion, es muy favorable á los intereses que ventilan; teniendo en cuenta los resultados que con especialidad ha de tener para la Imprenta la cuestion presente, hemos determinado desenterrar nuestros sepultados apuntes, pues ya se adivinará que quien es-

cribe estos renglones no es otro que el cajista aquél tan maltratado en su crítica del *Quijote* de la Imprenta Nacional por el Sr. Rivadeneyra. Por otra parte, identificados con muchos de los conceptos de este impresor respetable al trazar á grandes pinceladas en su artículo el bosquejo de la Imprenta en España; defiriendo á su autoridad, experiencia y renombre, por creer íntimamente que le asisten buenos títulos para ocuparse con provecho general en las causas de la degeneracion tristísima que con dolor notamos en el Arte de Gutenberg; sin perjuicio de apreciar con nuestro criterio, aunque humilde, aquellos hechos con los que no estemos conformes, y tomando por base de una discusion amplia y razonada las mismas palabras del señor Rivadeneyra, trascribimoslas á continuacion, seguros de que ellas han de ser un buen exordio de nuestras futuras tareas, y seguros al mismo tiempo de que por ninguna parte podríamos empezar que mejor condujese á los propósitos de este Semanario.

Decia pues el Sr. Rivadeneyra:

«Acaso se me dirá que, no solamente la Imprenta Nacional, sino la Imprenta en general, se hallan hoy entre nosotros en espantosa decadencia, y que el arte no existe en España. Con efecto, no se puede considerar sin dolor el estado que hoy tiene aquella Imprenta que entre nosotros apareció varonil en el último tercio del siglo xv, haciendo famosas varias poblaciones hoy empobrecidas, como Medina del Campo, Alcalá de Henares, Logroño, Lérida, Salamanca, Segorbe y Toledo, de donde salieron infinidad de libros que hoy se buscan como modelo de estamacion y de buen gusto. Mientras España hizo por sí sola un libro, es decir, que grabó sus punzones, abrió sus matrices, fundió su letra, construyó sus prensas, fabricó su tinta, etc., etc.; es decir, mientras España no fué á buscar al Extranjero los elementos necesarios para hacer un libro, el arte fué siempre prosperando, y se sostuvo á la altura de las demas naciones. Una industria no puede prosperar cuando, para su desarrollo, tengan que importarse del Extranjero otras industrias que le son accesorias. Esto es pues lo que le ha sucedido á España.

»El movimiento tipográfico entre nosotros era lento, y sólo correspondia á las necesidades de la época. De repente aumentan éstas y crecen más y más: para salir del apuro vamos á buscar máquinas fuera, porque las que tenemos no dan abasto, y la ansiedad no da espera, y matamos la maquinaria; traemos tambien la letra, porque nos parece más bonita la ajena, y matamos otras dos industrias, porque tambien mueren los grabadores. Se necesita cuadruplicar el número de operarios, y sin dar espera á que se formen y maduren, improvisamos un enjambre de cajistas y prensistas á quien sería injusto pedir conocimientos innatos. Parece que queremos, no hombres, sino autómatas. Entra en esto la competencia; de resultas se escatiman los jornales, y el noble y bello arte de la Imprenta se ve desempeñado por individuos que á duras penas servirían y no tienen más conocimientos que un peon de albañil. Y ¿á quién colgaremos la culpa? No seré yo quien lo señale con el dedo.

»Para aprender el arte de impresor se necesitan al ménos cinco años de práctica, precedidos de otros tres ó cuatro de estudios; pues cuando ménos debe saber el aprendiz leer y escribir correctamente, para lo cual es necesario saber siquiera algo de gramática. Es indispensable que mientras aprenda cultive su memoria, y lea, y lea con fruto, á fin de que los nombres propios y los técnicos, sean de la ciencia que fueren, no le estén enteramente desconocidos. Pues bien; en un país donde hay hombres que ocupan destinos encumbrados y no saben una palabra de nada; donde es tan fácil obtener un destino de seis ú ocho mil reales, sólo porque me llamo Juan ó Pedro, ¿cómo es posible que ningun jóven que posea los conocimientos necesarios para ser ó llegar á ser con el tiempo un buen impresor, quiera sujetarse á trabajar diez ó doce horas al día, para ganar despues diez ó doce, y á lo sumo veinte reales de jornal, sin porvenir visible que pueda halagarlo? Y ¿qué no ambicionarán viendo algun empleado ignorante y

encumbrado, que escribe *haber* sin *h*, *cullo* por *cuyo*, *aprocar*, etc., etc.; que nada sabe, y sin embargo recorre toda la escala de los altos puestos, y asegura un porvenir sin riesgo ni fatiga alguna? De cinco años á esta parte han salido de mi casa más de veinte cajistas que han trocado el componedor por un destino cualquiera. Y ¿de dónde ha salido esta competencia, que es la que más daño ha hecho? Ya lo he dicho arriba. Desde que la Imprenta se hizo libre, multitud de hombres ajenos á ella se han lanzado á explotarla. Hemos visto funcionarios de altas graduaciones, académicos, literatos, todos validos de la posición social que ocupaban, poniendo en juego, con más ó menos decoro, sus influencias para sacar de los Ministerios, ó de las Oficinas particulares, ó de las Corporaciones, los trabajos que estaban destinados á los verdaderos impresores. ¿Cómo éstos no han de mirar su arte con indiferencia y hastío, su arte que ha llegado á ser patrimonio en gran parte de la intriga y del favor? ¿Quién no conoce á una persona que ocupa un puesto inamovible y oficial, en activo servicio del Estado, que por influjo obtiene gratis una gran casa para establecer imprenta, y después de planteada se va de oficina en oficina (quizá adornado con sus condecoraciones), poniendo por delante las ventajas que lleva á los demás impresores, y ofreciendo hacer los trabajos á precios incompatibles para el impresor que como él no cobra sueldo del Estado? ¿Pues qué! ¿no debió impedírsele ejercer una facultad en cuyo desempeño empleaba un tiempo que, sobre no pertenecerle, le distraía de sus ocupaciones, perjudicando así á la industria pública?»

Y con el siguiente último párrafo estamos tan perfectamente acordes, que rogamos al Sr. Rivadeneyra nos permita hacerlo nuestro, porque él pinta de mano maestra el estado de la Imprenta española, y porque en boca tan autorizada adquirirá mayor interés que si saliera de la nuestra:

«Así en lo más grande como en lo más pequeño; así en lo que va minando las costumbres y la nacionalidad españolas como en lo que poco á poco hace que desaparezca de entre nosotros nuestra antigua riqueza artística y literaria, apenas hay una voz que denuncie el mal y pida el remedio, como no se mueva por apasionado espíritu de partido. Ni ambición, ni envidia, ni otra alguna pasión mezquina pone la pluma en mis manos en la ocasión presente. Muéveme la esperanza que animó á los Ibarra y Sanchas para clamar contra la decadencia de la Imprenta en la primera mitad del siglo pasado; de verla renacer de sus ruinas tan pronto como un Gobierno sabio como el de Carlos III comprendió (gracias á los esfuerzos de estos artistas generosos) que las impresiones de los Ariztias, de los Padillas, de los Leones y de aquella turbamulta de la Hermandad de San Juan Evangelista eran un sambenito para la Nación, que imprimía en papel de estraza, con caracteres matados y con más erratas que palabras, las obras en que cifraba España su reputación. Si como Don Quijote aspiró á un bien ideal é irrealizable, nadie me negará la noble y sana intención que me mueve, y el grande sacrificio que hago renunciando á un cómodo y egoísta silencio, por el grande amor que profeso á mi patria, y por el vivo deseo de que no sea para los extranjeros doctos objeto de escarnio y censura.»

En otro lugar, al principio de sus observaciones sobre el estado de la Imprenta en España, decía el Sr. Rivadeneyra:

«Ahora bien: gran parte del mal que deploro nace de que esté abierta la puerta de la Dirección de la Imprenta Nacional para hombres ilustrados, mas por lo común enteramente ajenos al arte, y en que, por una mal entendida libertad de industria, no se requieran títulos y condiciones especiales para estar al frente de cualquier establecimiento tipográfico. ¡Error lamentable del siglo actual, y lastimosa inconsecuencia con otros principios que hoy se guardan y respetan como artículos de fe! Cuando no se puede aplicar una docena de sanguijuelas sin tener título especial para ello, ni construir una columna urinaria sin haberse quemado las cejas en una escuela del Gobierno, nada de parecida naturaleza se necesita para abrir una imprenta, cuyos

frutos pueden ser imperecederos y cuyo influjo sobre la instrucción y el buen gusto, y aún sobre la nacionalidad, es de indecible fuerza y consecuencia. Nadie se acuerda de que dijo el inmortal autor del *Quijote*

Que el que imprime necedadas á censo perpetuo

Creemos que el Sr. Rivadeneyra quedará satisfecho de nuestra imparcialidad; pues que, proponiéndonos solventar cuentas pendientes, empezamos por insertar párrafos suyos que desde luego aplaudimos. Esta conducta resplandecerá siempre en todos nuestros actos, sin que sean bastantes á torcer su rumbo los halagos ni las amenazas: ni tememos éstas, ni esperamos lo primero. Alejados, como prometemos estarlo siempre, del terreno de las personalidades; y firmes sólo en el de las ideas, nuestra posición, aunque difícil y comprometida, es no obstante despejada, porque nada hemos de censurar que no se apoye en la irresistible fuerza probatoria. Si aún así resultase alguno lastimado, culpa será suya, nunca nuestra, á menos que demuestre no tener parte en los hechos de su propia voluntad; que no existe mancomunidad, solidaridad alguna entre él y sus obras; que éstas, si no son buenas, han brotado espontáneamente, sin sus cuidados, sin sus afanes, como la flor silvestre que crece sin cultivo; pero mientras el hecho consumado tenga origen en la voluntad humana; mientras el hombre y sus actos sean inseparables, como el cuerpo y la sombra, claro es que cuando se condenen esas obras han de quedar sus autores condenados.

Sentado pues este principio, ¿cómo, á fuer de justos, no hemos de ser severos? Tenemos una Imprenta Nacional, de la que nadie se acuerda ni aquí ni en el Extranjero; tenemos en Madrid más imprentas que en ninguna capital del mundo, con haberlas tan populosas, y sólo cinco arrancan un somero aplauso al periódico tipográfico de París *L'Imprimerie*; y digámoslo con franqueza: si ese número es aún corto, no está bien puntualizado más que en parte; y tenemos, por último, algunos editores, únicos y verdaderos responsables del atraso moral y material de nuestra Imprenta, y aún pudiera decirse que de la apatía de la numerosísima clase de tipógrafos, tan desilusionados por las vejatorias condiciones con que al presente trabajan, que ni aún siquiera vislumbran la esperanza de mejorar.

Por estudiar estas particularidades del conjunto y analizarlas escrupulosamente, es por donde debemos empezar, y así lo haremos sin levantar mano desde el número próximo.

Ancho campo se presenta pues para considerar á la Imprenta en sus múltiples funciones: al autor, al editor, al fundidor, al impresor, al corrector, al cajista, al prensista, al librero, al encuadernador, al papelerista, al tintorero; al grabador, al litógrafo y al dibujante como sus más íntimos afines; y hasta á ese público mismo desorientado con la lectura de obras cuyos títulos enfáticos y chocarreros le seducen, absorbiéndole unos ahorros que le dan el derecho de instruirse, sin que por desgracia lo consiga, mientras hombres metalizados le propinan en cambio de esos ahorros, que como el grano á la traja sirven para improvisar fortunas, esa turbamulta de insustanciales papeluchos y de novelas infecundas, cuyos héroes son bandidos desalmados y repugnantes mujerzuelas.

TOMAS REY.

REVISTA.

Variedad infinita de los acontecimientos más recientes.—Carácter de la época actual.—Sucesos más culminantes. Zorrilla.—Sancho García.—Variedades.—La Civil y Delgado.—Género trágico.—Carta de Romea sobre la publicación de una correspondencia con Don Ventura de la Vega.—La Muerte de César.—Otros teatros.—Tamberlik en Madrid.—La ópera española.—Don Alfonso VI, y Gli Amanti di Teruel.—Sociedad de Cuartetos.—La Música en boga.—Los salones de la Sra. Condesa de Montijo.—Moderati.—Las artes y las letras en España.—El Libro.—Gustavo Doré y Victor Hugo.—Libros españoles.—Las Academias.—El Sr. Aparisi y Guijarro en la de la Historia, el Sr. Cueto en la Española, y el Sr. Echegaray en la de Ciencias.—Baraja del siglo xiv.—Euridice herida por el áspid.—Los estudiantes ante el Congreso de los Diputados.—La Primavera.

Al detenerse un momento la cansada pupila ante tantos y tan varios sucesos como cada día se presentan, empujan y precipitan para desaparecer al punto, no puede menos el espíritu, entrando en reflexión profunda, que decirse y preguntarse: ¿A qué gran espectáculo asistimos? Por ventura ¿atravesamos uno de esos luminosos períodos de la historia, como aquel siglo xv tan rico en grandes hombres y en grandes hechos, en que á la imaginación falta tiempo para admirar, y al alma espacio para extenderse? Letras, artes, ciencias, costumbres, magnificencia, grandezas y miserias, todo gira, voltea y rueda y pasa y se sepulta con tan vertiginosa rapidez, que más parece abortado sueño que realidad de la existencia esta vasta hecatombe que hacemos diariamente de hombres y de cosas, de ideas y sustancias. Y si esto en el estrecho límite á que puede circunscribirse la revista de un periódico hebdomedario, ¿qué sería considerando la época actual en su conjunto? Su carácter está determinado: siglo de lucha, de movimiento, de investigación, de vacilación, de duda.

Mas parémonos un instante en presencia de nuestra corte, que recobra su vida después de un largo paraismo. Qué multitud de acontecimientos! ¿Qué variedad en su esencia y en sus detalles! y todos ¡tan importantes! y todos precedidos de tan impaciente ansiedad, para perderse luego bajo el peso de la más muda indiferencia. Furriel dijo un día: «Si todos los monarcas del mundo y todos los grandes perecieran en un momento dado, ¿qué habría perdido la humanidad? al día siguiente hubieran sido reemplazados; pero la pérdida de un artista, de un poeta, de un grande hombre es irreparable;» y sin embargo, aquí vemos un día morir á Ventura de la Vega, y al siguiente alzarse con gran estrépito y renombre de poeta dramático á Luis San Juan; y después, en otro día, olvidarse como de cosa remota el recuerdo del uno y el triunfo del otro. Ferrara pudo conmoverse por largo espacio de tiempo con la lectura de un solo canto de Ariosto, y con soberbio fausto pontífices, emperadores, monarcas y duques recibir en sus cortes á Ticiano y al Aretino: pues llegó el extremo de la grandeza de letras y artes hasta creer un poeta italiano que podía interesar á los príncipes del mundo la muerte de las ilusiones de su enamorado corazón; pero hoy en cambio..... la voz de la fama, vulgo periódicos, en tanto que llega á admirarse de que en pocos días estén prontas á desaparecer de nuestras librerías dos exiguas ediciones, de quinientos ejemplares cada una, de los *Cantares* de Palau y de *El Caudillo de los Ciento* de Arnao, nos revelan que Gustavo Doré ha contratado con un editor del vecino Imperio la ilustración de las obras de Shakespeare en millon y medio, y que una subasta pública decidirá entre los propietarios de *L'Eccenement* y *Le Soleil* quién ha de ser el que ha de publicar *Los Trabajadores de la Mar* de Victor Hugo; si no es que ya no la ha comprado M. de Villemessant en cien mil francos para darla en su folletín á la estampa.

Pero, no por ser la época más material ó positiva, deja el mundo de vivir y de gozar; y la misma precipitación con que marchamos presta al espíritu entretenimiento tan constante, en sensaciones tan múltiples, que no le dejan punto para aburrirse.

Se ha hablado estos días con general interés de la muerte de Zorrilla, ocurrida en la Habana; y mientras se indagaba lo cierto, y se desmentía el supuesto falle-

cimiento, la Biblioteca recibía placentera el regalo de un retrato, debido al genio de Esquivel, del autor de los *Cantos del Trovador*, y el teatro de Variedades representaba su magnífico *Sancho García*, interpretado por una actriz italiana que dice versos en el idioma de Cervantes Saavedra y Moreto, y por otro modesto actor que ha demostrado en esta obra, y en *Los Amantes de Teruel* y en *Guzmán el Bueno*, que en España no han muerto los Carlos Latorre, y que los Valero y los Romea no pueden ser los llamados á levantar en la escena española el género trágico, tan maltrecho después de *La Muerte de César*. Sin embargo, ¿cómo no ha de haber causado sorpresa el que la referida actriz haya aprendido en veinte días las tres mejores obras de Zorrilla, Hartzenbusch y Gil de Zárate, y atreviéndose á darlas á la escena, cuando apenas habrá año y medio que se dedica al conocimiento del difícil idioma castellano? ¡Acto soberbio de gentil memoria! ¡rasgo varonil de una voluntad en alto grado enérgica! pero, ¿y el estudio profundo, que hace no perder detalle por minucioso y prolijo, y lleva á la creación de caracteres? ¿y el concienzudo estudio que esas joyas reclamaban? Preciso era todo el talento de la Srta. Civil, y sus dotes eminentes, y su gigante genio artístico, para haber salido adelante en su empeño, hasta con lucidez: mas ¡créanos! las obras grandes exigen estudio correspondiente á su grandeza; ha faltado éste, y lo que no podía menos de suceder, la interpretación de los tres magníficos dramas citados ha dejado no poco que desear en actriz de tanto mérito: la Civil no ha rayado á la altura que debiera. Por eso creían algunos ver casi siempre el mismo personaje en situaciones diversas de su vida. Y ¡pueden ser una misma, la madre de Sancho García, Isabel Segura y la esposa de Guzmán?

Empero sigue el movimiento escénico; y si Variedades se reforma con la renovación del género altamente dramático de nuestra literatura, en el Príncipe forma época *La Muerte de César*. ¡Frustradas esperanzas las de aquella noche! Rosa y Gonzalez así nos la describe: «Si Ventura de la Vega hubiera podido ver el aspecto grave y solemne que presentaba el teatro, de seguro se hubiera sentido orgulloso al encontrarse con un público como puede soñarle el autor más exigente. Pero ¡qué grande hubiera sido su dolor, qué amargo su desencanto, cuando al volver los ojos á la escena se hubiera encontrado de repente á César sin voz, á Bruto sin grandeza, á Servilia llorona, á Marco Antonio hinchado, á Casio pretencioso y hueco, á Decio Bruto amanerado, á Quinto Ligario quejumbroso, á Publio Siro desdenoso, á Casio sin inteligencia, á Cicerón sin saber hablar, y á los demás personajes sin acertar á decir bien una frase, ni por casualidad!» Y esto no obstante, hubo coronas, lágrimas y aplausos; porque la derrota de *La Muerte de César*, como la de nuestras naves en Trafalgar, era una derrota gloriosa, y los aplausos y las coronas y las lágrimas caían sobre una tumba veneranda. A pesar de todo, Romea ha pretendido justificarse y no lo necesita: los que le admiramos en *El Hombre de Mundo*, y con frenesí le aplaudimos en *Los Soldados de Plomo*, sabemos lo que vale en la comedia urbana, y no le queremos ver en la tragedia: no ha nacido para ella.

Entretanto que así viven Variedades con sus esperanzas, el Príncipe con sus recuerdos, y el Circo con su presente, hemos asistido al funeral de la Zarzuela, donde se recibió con frialdad *Los Lirios del Olvido* para aceptar con entusiasmo *El Colmillo del Elefante*. Pero el mundo musical muestra ya otro más elevado aspecto que cuando se contentaba con *Los Diamantes de la Corona* y *La Catalina*, es decir, con las majaderías de Oloña y las rapsodias de Gaztambide. Ahora el estreno de *L'Africana* es suceso que excita el entusiasmo, y la vuelta de Tamberlik trae nuevos incentivos al deseo: y cuando los días sagrados que atravesamos nos exigen meditación y recogimiento, ó al menos sentimientos más puros, la Sociedad de Cuartetos los desarrolla por medio de las melodías de Mendelssohn, Haydn y Beethoven, admirablemente sentidas por Monasterio, Perez Plo, Castellano y Guelbenzu; ó bien Moderati dirige en los egregios salones de la Sra. Condesa de Montijo los conciertos sacros en que toma parte lo más escogido de nuestra aristocracia ante una lucida concurrencia donde alternan, entre nuestros políticos más eminentes, los embajadores de casi todos los Estados de Europa.

Caballero no pierde de vista el próximo año teatral;

y mientras que la Galletti, Tamberlik, Saccomano, Fancelli y Rossey-Galle ejecutan aquí el *Otello*, y se prepara el *Guillermo Tell* para la Nantier-Didié, y el *Macbeth* para la Rey-Balla, él recorre la Italia en busca de nuevos cantantes que le interpreten en el regio Coliseo el *Alfonso VI* del maestro español Reparaz, así como en Rossini se desea poner *Gli Amanti di Teruel* de Aguirre.

No es menor el movimiento literario: ya hemos citado los bellísimos *Cantares* de Palau, y el interesante *Caudillo de los Ciento* de Antonio Arnao. El capellan del Real Cuerpo de Alabarderos, Don Gregorio de Diego y Mejía, escribe sus *Cuadros dolorosos*; y en Búrgos un Don José Martín Rives publica la *Tercera parte del Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrita por el bachiller Avellaneda, al mismo tiempo que en Madrid se da á luz una *Flor de Epigramas castellanos*.

Las costumbres que nos trajeron el filosofismo del siglo pasado, las ideas exageradas de libertad y la revolución francesa, rompieron los lazos de los antiguos gremios; y hoy vuelven á iniciarse, aunque con más fastuoso carácter, en círculos y asociaciones, ya se llamen casinos de artesanos, ya círculos de archiveros y bibliotecarios. Los hombres de letras trabajan de consuno para el honor de la patria; y un día el ministro de Fomento premia á Don Genaro Alenda la publicación de su obra *Relacion de las solemnidades y fiestas públicas de España*; otro toma una parte activísima para la remisión á la Academia de la Historia del hallazgo de una *baraja*, al parecer del siglo XIV, encontrada en el derribo de un tabique de la antigua casa de los Luzanes, prision un día del rey de Francia Francisco I; y en tanto que en uno de estos actos escucha, ante una corte de artistas y literatos, algunas cartas inéditas de Don Leandro Fernández de Moratín, de los autorizados labios de Don Juan Eugenio Hartzenbusch, el Príncipe de Asturias visita los Establecimientos científicos; un ministro de la Corona, Cánovas del Castillo, concede honores de jefe de Administración Civil al director de un periódico amigo; el Liceo de Pontevedra manda imprimir una corona poética á la memoria del catedrático de su Instituto Valenzuela Ozores; los estudiantes del quinto año de Derecho elevan á las Cortes una petición para que se declare compatible con su cargo de diputados el honroso ejercicio de sus dos dignísimos catedráticos Gutiérrez Fernández y Puente Apecechea; y la Academia de la Historia aclama por unanimidad su individuo de número al gran orador católico Aparisi y Guijarro; la Española oye en boca de Cueto el elogio fúnebre del duque de Rivas, y la de Ciencias en la de Echegaray la historia de los conocimientos científicos en España durante los dos últimos siglos, en comparación con las demás naciones europeas.

Otras asociaciones preparan premios á la virtud modesta; y en medio de la corrupción de muchas gentes, en la oscuridad del santuario un párroco insigne se rodea, como el Santo Pastor de sus ovejas, de los niños sus feligreses, y con dulce voz de caridad enséñales la doctrina del Evangelio y los rudimentos de la Fe. Mientras que otra Academia, la de San Fernando, aboga junto al Gobierno de S. M. para que no se venda el antiguo é histórico monasterio de Santa María la Real de Aguilar de Campóo, en tierras de Palencia, de curioso y casi fantástico origen y de arquitectura bellísima, así como otros de varios puntos de Cataluña, de Córdoba y de Teruel, el Real Museo de Pinturas expone una bellísima estatua de *Euridice*, herida por el áspid, cincelada por Don Sabino de Medina; y *La Iberia* abre en sus columnas literaria contienda para resolver el problema del lugar donde nació el *Historiador de España*, el Padre Juan de Mariana.

Ante tal espectáculo, ante tan varios sucesos, en tan poco tiempo; y esto, prescindiendo de los políticos, de los comerciales, de otros mil inabordables, ¿no se fatiga la imaginación, y el entendimiento languidece á puro confundido? Pues tal es el cuadro que Madrid ha manifestado en los quince últimos días: y si se añade, para terminar, lo voluble del estado atmosférico, como reflejo del social, la confusión será completa, y el laberinto ineludible. No obstante, la Primavera ya ha dado su primer sonrisa; los almendros han florecido, y también las violetas de los campos; y el hinchado botón está pronto á extender sus tiernas hojas, para formar los apetecidos doseles del Estío.

JUAN P. DE GUZMAN.

VARIEDADES.

Con la mayor satisfacción damos comienzo á esta sección del periódico con el siguiente artículo del ilustrado autor de *Los Amantes de Teruel* y de *La Jura en Santa Gadea*, con que ha tenido á bien honrarnos y favorecernos:

EL MERCADER DE LA CALLE MAYOR.

Eran en Madrid dos siglos hace las gradas de San Felipe lo que ahora la Puerta del Sol; es decir, el punto de reunión de los holgazanes y el mentidero de la corte. Bajo este postrer concepto, sin embargo, cada café de la capital, cada gabinete de lectura, cada redacción de periódico es una Puerta del Sol hoy día. Afirmary se puede sin escrúpulo de conciencia que son al presente mucho más copiosas que en lo antiguo las trasgresiones del octavo mandamiento que se cometen dentro de los muros de la muy heroica villa, por la razón sencillísima de que hay ahora en ella más andaluces que ántes, más diplomáticos, más pretendientes, más hambre, más vendedores, más población en fin, y, por consiguiente, más que mientan.

Una mañana, pues, en aquellos tiempos en que contaba Madrid menor número de mentirosos que en la época que alcanzamos, subía pausadamente las gradas de la lonja de San Felipe un hombre de *edad propecta* y *duros espolones*, medio escondido el rostro con el ala de un sombrero sin toquilla, pero con mugre, la capa de bayeta, la ropilla de paño negro de recia calidad, y el calzon de lo mismo con un remiendo en cada rodillera, muy bien echado. Pidiéronle limosna unos cuantos portadores que ocupaban los lados de la escalera; socorrió al más anciano, y él se lo agradeció entre dientes; de los otros pobres el uno le llamó ladrón, el otro judío, y los demás le cantaron á coro una letanía de maldiciones. Calló el de los remiendos y prosiguió su camino, dirigiéndose á un corro de mozalvetes, donde se hablaba del mérito de una comedia de Calderón que dos días ántes se había estrenado en el palacio del Buen-Retiro. Acercóse el buen hombre seis ó siete veces con el sombrero en la mano á uno de los caballeros del corro, joven de mejor presencia que vestidura, y se hubo de retirar otras tantas, convencido de que ó no le veían ó no querían escucharle. Iba en esto el joven analizando los primores de la comedia, y señalando en ella á la par tantos defectos por lo ménos como rasgos ingeniosos celebraba, para lo cual repetía algunos versos que habia aprendido de los cómicos; y queriendo imitar la acción del galán en uno de los pasajes del drama de más efecto, dió dos pasos atrás, y extendió violentamente el brazo derecho en ademán de desenvainar la espada; pero con tan fatal acierto para el pobre diablo que aguardaba el fin de la disertación crítica, que le plantó encima de un pié el tacón de una bota, y entre barba y narices el puño cerrado. Volvió la cara el mancebo al advertir que habia tropezado con una persona; conoció al paciente, y echando un voto le dijo: «¿Ahí estabais, Mondragon? Válgao el diablo! ¡Siempre con la vara de medir á vueltas, y todavía no habeis calculado la distancia que debe mediar entre nosotros!» Ahogó un suspiro Mondragon al oír estas palabras de doble sentido, contentándose con responder al caballero lo más sumisamente que pudo: «Si me dijerais, Sr. Don Gaspar, dónde y cuándo me sería posible avocarme con vos, sin que os causara molestia, me haríais una merced que os estimaría en el

alma.—Yo habia pensado haceros una visita hoy mismo, contestóle Don Gaspar, porque necesitaba cien ducados para esta noche.—Os los tendré prevenidos, replicó Mondragon, lanzando esta vez el suspiro anteriormente sofocado.—Supongo que ireis de noche, porque de dia ya sé yo que nunca os dejais ver por mi casa.—Iré á la noche, repuso el caballero volviendo á Mondragon la espalda; y decid á Beatriz que gustaré de oirla cantar un tono nuevo.»

Mondragon hizo una cortesía á cada uno de los jóvenes del corro, que habian estado algo distantes mientras duraba este corto diálogo, y se apresuró á dejar un sitio donde su presencia era una aparicion extraña. «¡Gracias á Dios, me ha dicho que irá!» exclamó con el acento de la esperanza; y para mostrar su agradecimiento al Señor, dió un maravedí á cada mendigo de los que ántes le habian insultado; los cuales, consecuentes en su carácter, le insultaron tambien entónces, aguardando solamente á que estuviese algo apartado de ellos para aplicarle los epítetos de logrero, de ruin y de jiboso por añadidura.

¿Quieren saber nuestros lectores quién era este hombre remendado y mugriento, con toda la sumision de un pobre y con ciertos visos de poderoso? Sigámosle los pasos, y á pocos saldremos de duda. Véanle ustedes en una tienda de la calle Mayor, abriéndose paso entre los compradores con tanta grosería, como atencion y encogimiento manifestaba no há mucho en la lonja de San Felipe. Aquella tienda, aquella casa era la suya. Equivocaríase mucho quien, para formar idea de la tienda de Mondragon, escogiese por tipo alguna de las que ahora vemos en el mismo paraje.

No se hable de banquetas elegantes y cómodas; no se piense que allí habia lámparas magníficas, ni espejos, ni columnas, ni dorados, ni esculturas, ni pavimento de mármol: una pieza baja, estrecha, oscura, con paredes denegridas; tres escalones que descenden para llegar á un piso mal entablado; y por mostrador una mesa larga de pino sin pintar, como la destartada anaquelaría, esto era en aquella época un almacen de modas en la capital de España, señora de dos hemisferios.

Damas de guardainfantes, escoltadas de rodrigon y dueña; caballeros de hábito, doncellas de labor, sastres y novios ocupaban la tienda: todos, al ver á Mondragon, le gritan que los despache; y él con un desabrido *agúardense* responde á todos, y se entra á dejar el sombrero y la capa. Preséntase despues á la concurrencia, calándose un gorro sucio y descolorido; reparte los toriscones á los mancebos que manejan los lios, y empieza á preguntar á cada uno de los parroquianos qué es lo que quiere.—*Estufillas de martas*, dice una señora;—*medias de pelo*, dice un pisaverde.—*Raso, rasilla, chame-lote, colonia, sempiterna*, claman á un tiempo los demas. «¡Vayan á chillar á un lavadero, noramala para sus lenguas! prurumpe Mondragon, hecho una segunda parte de su apellido;—á cada uno le llegará su vez.—Que tengo prisa.—El compañero de más arriba está mano sobre mano: pase usarced allí y se lo agradecerá, y yo tambien que me deje.» Toda esta amabilidad y dulzura empleaban para despachar sus géneros los antiguos mercaderes de España. Por fin, riñendo y contestando, satisface brevemente á todos, les hace pagar lo que quiere, desocúpase la tienda, y el mercader se sube á ver á su hija.

Mondragon era un comerciante rico; pero la misma magnificencia se observaba en el atavío de la hija que en el mostrador y el menaje de casa del padre. Beatriz

se vestia un hábito de anascote: en su habitacion no se veía, como en las de las comerciantes de ahora, piano ni arpa, ni tocador con espejo movable, ni dibujos ó bordados de la señorita puestos en lujosos marcos, ni en su mesa habia más libros que un *Ordinario de la Misa*, impresion de Amberes con viñetas, regalo de un canónigo, y el *Flos Sanctorum* en letras de tortis. Sábese empero, por tradicion fidedigna, que la niña conservaba ocultas en su baul la *Diana* de Gil Polo, las *Novelas* de Montalvan y un tomo de *Comedias* del maestro Tirso de Molina.

Beatriz se ocupaba en una labor, en la cual apenas ponía los ojos, porque á la primera mirada que fijó en su padre conoció que traía que decirla, y así esperaba con ánsia el momento en que Mondragon desplegase los labios. No se atrevía á dirigirle una pregunta, pero procuraba dejar advertir su impaciencia. Mondragon, despues de un rato de silencio, le rompió diciendo:

—«He hablado á Don Gaspar.

—Bendita sea la bondad de Dios!

—Le tendremos aquí esta noche: pensaba venir á verme.

—Ah! bien os decía yo.

—Si; necesitaba cien ducados.

—Para eso viene?

—¿Para qué ha de acudir á la casa de un mercader un boquirubio de la corte? Para estafarle su dinero, para afrentarle su hija.

—Padre, por Dios!.... yo no merezco....

—¿Cuándo te persuadirás de que á una doncella no le basta ser honrada, si da lugar á sospechas su poco recato? Te han visto hablar á ese hombre, que puso en tí los ojos en hora menguada, y has perdido tu reputación, como si hubieses cometido una falta grave. Él propio, para satisfacer su vanidad, se habrá alabado y dirá de favores que no ha conseguido.... Para el mundo, Beatriz, estás desconceptuada, deshonorada; y si Don Gaspar no te da la mano, no hay más asilo para tí que una clausura.»

Beatriz se deshacia en llanto al escuchar estas palabras. Mondragon prosiguió: «Vendrá tu galan esta noche; y si me atrevo á decirle: Sois un alevé si no os casais con mi hija,—me responderá: Vos sois un villano, y yo no quiero viciar mi sangre mezclándola en la vuestra. Si le recuerdo que le he librado de sus acreedores, y que me he dejado engañar de intento con promesas y firmas que nunca serán satisfechas, para ver si su pundonor le excitaba á reparar el daño que habia hecho su loco amor á mi honra, me replicará entónces que todo el oro que encierran mis arcas es mezquino premio de tan alto enlace, y que no es culpa suya que tú hayas sido crédula, y que yo, en medio de la ruindad de mis pensamientos, haya hecho un cálculo desacertado sobre la elevacion de su espíritu. Porque, hija mia, yo que fuí pobre, y que á fuerza de industria legítima y de constancia soy opulento, lejos de haberme granjeado el aprecio de los hombres, me he atraído su aborrecimiento y su envidia; y ese jóven insensato, disipador del caudal de sus padres, ése nada ha perdido de su opinion y lustre por su disolucion y por su imprudencia.

»La carrera de los honores está abierta para él, y nadie le hace cargo de haber sumido en la miseria á veinte familias; y yo, que mantengo en una cómoda medianía numerosos dependientes en varios puntos del Reino, soy un hombre despreciable para las gentes. Él, que vive entrampando á todo el que no le conoce, inspira respeto hasta á sus mismos acreedores, y grandes

y pequeños se le quitan la gorra; á mí me escárnecen hasta los mendigos.»

Hay quien afirma que Beatriz, en tanto que su padre ensartaba esta relacion tan prolija de lástimas, decía interiormente que, si los mercaderes se veían tan despreciados á la sazón, tal vez era la causa principal de este desprecio la rusticidad insufrible de sus modales; su ignorancia supina en aquellos ramos que dan cierta blandura y jovialidad al carácter; su avaricia sórdida, que les privaba de todos los placeres honestos y les hacía recrearse en la suciedad y el desaliño; y en fin, la falta absoluta de verdadero espíritu mercantil, que hacía de una profesion útil y honrada un arte de grosera engañifa.

Vino la noche; y Don Gaspar, gracias al estado de su bolsillo, cumplió su palabra, y acudió á la tienda. Encerráronse en un cuarto la hija y el padre y el caballero; y hubo allí reconvenciones y gemidos y voces y ratos de hondo silencio, y por último abrazos y lágrimas de la mejor especie. A los dos dias Don Gaspar salía de Madrid en posta con un bizarro traje de camino, y Beatriz cantaba á la vihuela en su cuarto un sentido romance con el tono de la más dulce y amorosa melancolía.

Algunos meses despues se casaba Don Gaspar secretamente en una villa junto á Palermo con una hermosa jóven, y la tienda de Mondragon en la calle Mayor de Madrid habia desaparecido. La esposa de Don Gaspar se llamaba Beatriz, y el administrador de la casa del caballero era un español de espalda encorvada que se firmaba *M. y Carreño*.

Todo esto fué necesario para que un caballero de aquella época se casase con la hija de un mercader que gastaba calzones remendados.

En el dia un noble hubiera sido mucho ménos escrupuloso, porque comerciantes como el suegro de Don Gaspar ya no se usan. Generalmente en las preocupaciones que han reinado contra tal ó tal clase ha intervenido alguna razon justa, fundada en los vicios ó ridiculeces de los individuos de ella; y por eso la preocupacion se ha desvanecido en el momento en que la clase menospreciada se ha hecho acreedora á más ventajoso concepto.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

La Democracia del 19 de Julio del año último decía lo siguiente:

«Algunos suscritores nos han suplicado publiquemos, para que llegue á conocimiento de quien convenga, que en el mes de Noviembre último se repartió con profusion un pliego de cuatro páginas con el nombre de *El Anunciador general de España y Ultramar*, ofreciendo diez mil ejemplares del tomo en 4.º que se habia de formar con millares de anuncios y viñetas, para repartir gratis entre los anunciantes.

»No pocos de éstos, cumpliendo con lo prevenido en el prospecto, pagaron anticipado el importe de los suyos; y ésta es la hora en que el Sr. Don Luis Hylas Bernoud, que figura como administrador, ni Don Tomás Rey, impresor, ni el Sr. Dorregaray, editor, han publicado el tal libro; y siendo muchas las cantidades recaudadas, la Autoridad debería corregir estos abusos y obligar á los citados administrador y editor á la devolución de lo recaudado, ya que no llevan adelante el pensamiento.»

De la conclusion de este suelto, en que se omite el nombre del impresor al pedir á la Autoridad que exija la responsabilidad á quien corresponda, dedúcese cla-

ramente que *La Democracia* comprende la inculpabilidad absoluta del Sr. Rey en ese malhadado asunto. Sin embargo, como todo cuanto se roce con la estimacion del Editor de *La Imprenta*, á nadie más que á éste incumbe dejarlo tan cumplidamente consignado, que no pueda jamas atribuírsele participacion ni aún la más mínima en negocios que le son ajenos, desde luégo manifestamos estar dispuestos á dar cuantas explicaciones se nos pidan sobre el particular; pues bien puede darlas siempre el que no tiene otra parte en el asunto que la del que *sufre y calla*.

Hemos creído superfluo manifestarlo ántes; y ahora, como quiera que nuestro nombre figura al frente de este periódico, lo consideramos, no sólo conveniente, sino hasta indispensable.

ANUNCIOS.

TINTAS ALEMANAS DE M. RIVADENEYRA.

En la Imprenta y Estereotipia de M. RIVADENEYRA, calle del Duque de Osuna, núm. 3, se siguen vendiendo las conocidas tintas alemanas para imprimir, á 6 y 10 reales libra, segun clase.

FUNDICION TIPOGRÁFICA DE DON JUAN AGUADO.

Calle del Cid, 4 (Recoletos).

DEPÓSITO DE MÁQUINAS, PRENSAS, TINTAS, RODILLOS, BARNICES Y TODA CLASE DE EFECTOS PARA IMPRENTA Y ENCUADERNACION.

Este antiguo Establecimiento tiene el más completo surtido de toda clase de caracteres sencillos y de adorno. Las manufacturas son esmeradas y el metal muy fuerte. Hay tipos de griego y hebreo, música de distintos cuerpos, modelos para naipes, viñetas de todas clases, armas de varias naciones, ferro-carriles, barcos y cuanto pueda necesitarse en una imprenta. Para que los impresores, ya sean de Madrid ó de fuera, no tengan que acudir á diferentes partes para surtirse de cuanto necesiten, esta casa tiene siempre en almacen máquinas y prensas de imprimir, cortar, satinar y glasear papel; cartones de lustre y latas de zinc; tintas negras desde 4 á 60 rs. libra; de todos colores á diferentes precios; baños, tubos y todo lo necesario para fundir rodillos. Punturas, ramas, platinas para imponer; cajas, galeras, galerines, cuñas, bruzas, cuadrantes para cortar toda clase de ángulos á los filetes y viñetas. Abecedarios de bronce, ruedas, tronquillos y cuanto pueda necesitar un encuadernador. Los impresores de provincia, que son al mismo tiempo encuadernadores, hallarán en este Establecimiento, y á precios muy módicos, lo que con dificultad encontrarían buscando de una á otra parte.

MADRID 1866.

IMPRENTA DE TOMÁS REY, Director-Editor.
Calle del Limon, núm. 1.